

SOBRE ANGEL RAMA

JOSÉ PEDRO DÍAZ

A la distancia de estos años, la imagen de Angel que se formó en nosotros, es la de un integrante muy activo en medio del notable despliegue de la cultura literaria latinoamericana que ocurrió en las décadas posteriores a la revolución cubana, y de alguien que, además contribuyó a motivarlo. Es sobre todo la imagen del joven profesor ágil y seguro, informado y dinámico, apasionado gustador y lúcido interprete de la variedad y la riqueza de ese vasto cuerpo vivo de la cultura de este continente. La imagen del profesor, del conferenciante, del polígrafo inagotable, que recorrió en todas direcciones y siempre de manera penetrante y apasionada, los diversos territorios de ese mundo cultural.

Escribió cuentos y novelas, evocaciones tan sensibles como la de *Tierra sin mapa*, escribió teatro, escribió ensayos, publicó ejemplares estudios monográficos y libros panorámicos. No tendría sentido citar aquí algunos de ellos; el índice de sus publicaciones rebasa con mucho el millar de ítems. Conoció el entusiasmo de la creación tanto como sus angustias, conoció el dolor del fracaso y la alegría del logro, pero sobre todo experimentó todos los goces que las letras pueden proporcionar, y a ello agregó el placer intelectual de comprender, de situar, de analizar y valorar; el goce que puede proporcionar el ejercicio de la inteligencia aplicada a penetrar en la intimidad de la obra literaria viva, y aún en su secreto diálogo con el entorno.

Creo que dos puntos sobre todo estuvieron siempre presentes dominando su tarea, dos atracciones sobre todo lo solicitaban: por un lado la belleza -en especial, claro, la belleza literaria, el temple de un texto, la felicidad de un

verso- pero también su devoción por el hombre y por la salvaguarda de su destino. Creo que no hay página suya en la que no se transparente esa doble vocación que estuvo siempre presente en él, diré que desde la infancia y a lo largo de toda su vida.

Es por eso que sus estudios literarios nunca omiten tener en cuenta al hombre y su situación, evocan siempre su tiempo y su realidad, las circunstancias de su vida. Pero siempre siguiendo el rastro de la belleza que lo guía.

Cuando se quiere recordar a un hombre como él ahora que esa imagen está ya formada en nosotros, cuando tenemos todos sus libros en la mano, no es fácil imaginar los momentos en que esa personalidad estaba rompiendo los moldes comunes de la vida que lo rodeaba. Y sin embargo aquello importa; importa saberlo: ¿cómo empezó a ser él, cómo se gestó el expositor apasionado y seguro, ágil y docto, erudito y delicado?

Creo que bien vale tratar de evocar algunos de los momentos en que casi se ve el desprendimiento de las telas que aprisionan todavía al ser que se está formando, mientras él se suelta y comienzan a delinearse los que serán sus rasgos dominantes. Hay un momento, en la juventud, en que el presente queda de pronto cargado de futuro, entonces, en algunos pocos gestos, un vida entera queda ya anunciada.

Fue el azar, como siempre, lo que hizo que tuviera el privilegio de ver esos primeros movimientos en los que el futuro queda ya esbozado en un ser joven. Es algo que vivimos juntos mi mujer, Amanda, y yo.

Fue al comienzo de la década del cuarenta: yo apenas acababa de pasar por mi primer concurso.

Hace ya medio siglo; era en 1942 y comenzaba a dictar clases en Secundaria. Fue entonces que quien fuera mi profesor de historia, Lincoln Machado Ribas, me convocó entre otros para una empresa insólita: preparar a un grupo de estudiantes para representar tragedias griegas en lo que se anunció como las *Jornadas Arqueológicas del Teatro*. Otros se ocuparían de Lope, de Molière o de Victor Hugo; nosotros Amanda y yo, nos ocuparíamos de las tragedias: serían *Antígona* de Sófocles e *Hipólito* de Eurípides. Los actores serían todos estudiantes.

El grupo era pequeño, pero los que intervinieron en la preparación de aquel espectáculo tenían una notable devoción por lo que hacían. Es cierto que prácticamente todos ellos tuvieron luego actuación destacada en diferentes terrenos (no quiero distraerlos citando ahora a todos ellos), pero también es cierto que el nivel que entonces tenían quienes llegaban a Preparatorios era especialmente alto. Muy pronto dominaron los textos y pudimos empezar los ensayos. Estos se realizaban en el Prado, en la plataforma del patio que se abre al fondo del Museo Blanes hacia el parque, que ofrecía un escenario propicio, frente a un espacio rodeado de árboles. Alguna vez los actores llegaron a ensayar con mantos y con máscaras. Entre ellos, destacándose por su dedicación, por su lucidez para la interpretación de los matices del texto, y por su figura, estaba Angel.

Todo aquello fue para nosotros, para Amanda y para mí, una experiencia inolvidable: los jóvenes actores modulaban con un exquisito ajuste los matices de aquellos textos espléndidos. Entre los desempeños más emocionantes figuraban sin duda los de Angel que, en *Antígona* hacía el papel de Hemón, enfrentado duramente a Creonte, representado por Pérez Soto, y que en el *Hipólito* de Eurípides hacía el personaje principal enfrentado otra vez a Pérez Soto en el papel de Teseo.

Aquellas tragedias no llegaron a representarse nunca de manera completa, pero sí se presentaron, en alguna ocasión, va-

rias escenas. Pero para entonces ya habíamos trabado amistad con los actores, y de manera muy especial con Angel. El era, probablemente, el más maduro; su hermano mayor, el futuro abogado y profesor de historia, particularmente interesado por los problemas sociales, operaba sin duda frente a él como apoyo y desafío; quizá no hubiera necesitado Angel de aquel estímulo, pero éste operó de todos modos y contribuyó a incrementar la apetencia del lector insaciable que sería para siempre. Y particularmente, ya desde entonces, en los dos campos que dije: las obras literarias y los estudios sociales.

También para nosotros aquellos habían sido años de descubrimientos, como para él; y de los mismos valores. Nuestra experiencia inicial de las letras se había integrado con los ecos de la guerra de España; descubríamos la poesía en la obra de los mismos grandes poetas que habían padecido la guerra en Madrid o en Barcelona, o que habían muerto en la frontera, como Machado, o en Granada, como Lorca. Hacía sólo muy pocos años habíamos podido escuchar a algunos de los más grandes poetas vivos de nuestra lengua directamente, porque habían pasado unos días entre nosotros en su viaje de desterrados; habíamos oído decir a Alberti su *Galope*, con su joven y vibrante voz de entonces:

*Galopa, caballo cuatralbo
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.*

*¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!*

Habíamos oído al poeta de los cantos materiales, de vuelta hacia su Chile, evocando, con aquella voz suya que se vertía como un largo lamento, su primer encuentro con Federico en Madrid. Todo eso había hecho que, para nosotros, la poesía, la creación literaria, quedara ligada a una actitud, a un compromiso de fraternidad humana que abarcaba al hombre entero. Y lo mismo había estado pasando en Angel en esos mismos pocos años. ¡Qué hermoso fue encontrarse después,

a la vuelta de los años con el poeta español con el que celebramos aquí en Montevideo, en 1962, sus sesenta años. Era el poeta maduro el que celebraba entonces, puestos a evocar a dúo con Angel, a los del Siglo de Oro, la memoria y el gusto del joven uruguayo que insólitamente citaba incansable, versos y más versos de los viejos poetas.

Pero vuelvo ahora al pasado más remoto: no quiero evocar detalles, pero sí debo decir que ya antes de los años cincuenta habíamos instalado en nuestra casa una pequeña imprenta, donde trabajábamos artesanalmente en ella imprimiendo las pequeñas ediciones de *La Galatea*: algunos textos nuestros y algunos homenajes. Mientras tanto se había formado un grupo juvenil que se reunía en casa los domingos: los primeros en llegar eran Angel y su novia, Ida Vitale, y luego Carlos Maggi y la suya, María Inés Silva Vila; más tarde Flores Mora y Chacha Silva Vila, y al fin Mario Arregui y Gladys Castelvecchi. Sobre todo ellos. Y algunas veces, pero no regularmente, don José Bergamín, que fue nuestro primer viaje a Europa.

En esas reuniones conocimos juntos un fervor fraterno, el entusiasmo de estar todos en algo que nos importaba por igual y a veces también el dolor de algunos fracasos. Ninguno de nosotros, los que todavía estamos vivos, podrá olvidar nunca algunas de las cosas que entonces ocurrieron. Yo no podré olvidar jamás cómo sonaron una noche los pasos lentos de las botas de Mario en el silencio que se hizo cuando acabé de leer el principio de un relato, y oí su voz diciéndome: "¿Y eso para qué, che? Algo así ocurrió también otro día, cuando Angel leyó a su vez un primer capítulo y escuchó algo similar de alguno de nosotros. Tampoco esa novela se terminó nunca; tiempo después supimos que estaba dedicada a quien había sido, aquella noche, su crítico más duro.

Ya empezaban las primeras revistas: Maggi integraba la redacción de *Escritura*, y allí publicó dos textos nuestros, uno de él y otro mío en los que muy sueltos de cuerpo, y sin tener en cuenta que

todavía no habíamos escrito casi nada, hablábamos de la generación que creíamos que éramos; por su parte Angel publicaba un comentario de esos textos nuestros en la revista *Clinamen*, de la que era uno de los fundadores, e intentaba llamarnos a la realidad, pidiéndonos obras antes que opiniones, y algo similar nos dijo Flores Mora desde *MARCHA*.

En eso estábamos cuando Amanda y yo dejamos de ser testigos. Nos fuimos por dos años, y mientras viajamos, Angel y Maggi crearon las Ediciones Fábula; en ella aparecieron no sólo los primeros libros de Figari, su edición de los *Cuentos* de Figari y su ensayo sobre el pintor, *La aventura espiritual de Figari*, sino, además, los primeros libros de creación de una parte de la Generación del 45; su novela *¡Oh sombra puritana!*, los cuentos de María Inés Silva Vila, *La mano de nieve*, y *Polvo enamorado* de Carlos Maggi.

Cuando nos volvimos a ver otra etapa empezaba; Angel nos ayudó todavía a imprimir algunos de los primeros libros de Ida Vitale, pero ya era difícil detenerse en aquel trabajo. Todos tuvimos que hacer muchas otras cosas; y Angel siempre hizo muchas más. No es posible detallarlas ahora; en esa década del cincuenta fue autor teatral y periodista, era profesor en la enseñanza media, tuvo a su cargo las ediciones de los *Clásicos Uruguayos*, fue secretario de redacción de la revista de Susana Soca, *Entregas de la Licorne*, dirigió una colección literaria en la editorial Alfa, hizo periodismo literario en *MARCHA*...; pero no era eso, no era eso... y nos convenció, a su hermano Germán y a mí, de que debíamos crear una editorial; compramos una pequeña imprenta, y nació Arca.

Los comienzos fueron difíciles, pero ya se vislumbraba otra forma de acción. A partir de entonces tenía ya entre las manos la posibilidad de actuar más ampliamente sobre la cultura de su país. La editorial fue una herramienta, no sólo la creación de colecciones culturales, que comenzó inmediatamente, no sólo la maravilla de llegar a las decenas de miles de ejemplares por mes, también pudo

encarar empresas de otro nivel, y así, antes de que cumpliera un decenio ya estaba movilizandoo un notable equipo de colaboradores en muy diferentes campos, que le permitieron llevar a cabo su empresa por entonces más ambiciosa, la creación de la **Enciclopedia Uruguaya**. Todo eso sin que dejara de atender su cátedra en la facultad, la dirección del Departamento de Literatura Latinoamericana, y los encuentros fuera del país.

Y fuera del país estaba justamente en junio de 1973. Y ese golpe que entonces recibió -que recibimos todos- hizo que lo perdiéramos aquí, sin duda, pero en cierto modo eso lo puso exactamente en un lugar para el que estaba especialmente preparado; el lugar de sudamericano lúcido que había ido construyendo durante años. Y entonces no fue ya la creación de una editorial como Arca, fue la invención de la Biblioteca Ayacucho, fueron sus aportes al conocimiento de nuestra literatura latinoamericana, para la que se había estado preparando por años. Entraba así cabalmente en su destino mejor. Para eso se había preparado en su país. Y así pudo cumplir ese destino.

Yo sólo quería evocar lo que tengo más cálido de él en la memoria; los pasos iniciales de su camino. ■
